

La Novela Cinematográfica

N.^o 1

20 cts.



EL
CASTIGO
DEL CIELO
(SODOMA y GOMORRA)

por
LUCY DORAINÉ

Sodoma y Gomorra

Las ciudades malditas



LA NOUVELLA CINEMATOGRÁFICA

Redacción } Provenza, 244
Administración } Teléfono 1336 A. BARCELONA
Año I Núm. 1

Sodoma y Gomorra Las ciudades malditas

Interpretada por: **LUCY DORAIN**
Marca «SASCHA»

Exclusiva especial GAUMONT Paseo de Gracia, 66
BARCELONA

INTRODUCCIÓN

¿Por qué no comparar nuestros tiempos corrompidos moralmente, invadidos por el oprobio de todos los pecados capitales, con aquéllos en que el Señor llovió sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego, castigando de esta manera con gran sabiduría la estúpida soberbia, en el cual los hombres olvidaron el precepto divino de «No matarás»?...

Época de egoísmos desenfrenados, en la cual no se vacila en destruirse los unos a los otros, contal de enriquecerse, sin reparar en medios ni maneras que pueden ser el origen de la ruina de todos...

Así se provocan guerras mundiales, se traman revoluciones, se aniquila a la propia época y generación para satisfacer egoísmos insanos...

Si en los días terribles en que el tórrido fantasma de la guerra desvastaba los campos y ciudades, en que la muerte impía segaba con su alieno envenenado las vidas de los hombres, y millones de desdichados se retorcían de dolor, y en su espantosa agonía levantaban con rabia sus crispados puños, clamando venganza contra los tiranos que a tan horrible trance los llevara para satisfacer su orgullo y su ambición; si en aquellos días, Cristo, compadecido de la Humanidad, hubiera descendido a la Tierra con ánimo de extirpar la miseria y el dolor, sólo hubiera hallado a su paso iniquidad y pecado...

Imaginad, también, la formidable tragedia de la revolución... La ciudad envuelta en llamas. Derrumban los cimientos de la antigua sociedad. El oprimido siervo trócase en señor. Los tiranos de ayer expfan sus delitos...

Las turbas, enloquecidas por los ánimos de venganza que la desmesurada esclavitud de un tirano codicioso sembró en sus almas, enardecid as y envalentonadas por la embriaguez que toda revuelta lleva consigo, asaltan enfurecidas la mansión señorial y dorada de un gran señor. Hállela solo. Toda la servidumbre, sintiéndose libre, le ha abandonado. Una sola compañía muy querida y muy apartada todavía de las vilezas de esta vida, le hace costado: es su hijita amada. La avalancha humana irrumpie airada sin respetos ni prevalencias, dispuesta a cometer el crimen que consi-

deran estúpidamente justificado en nombre de su venganza y de su libertad. El señor implora su perdón, humillándose hincado de rodillas ante aquellos seres que siempre había considerado como sus esclavos. El jefe de aquel grupo de revoltosos ha reparado perversamente, en su doble afán lúbrico, en la belleza de la pobre hijita, que también se retuerce suplicante bañada en lágrimas dobles, de horror y salvación, para su padre y para ella...

—Estoy dispuesto a salvaros; mas con una condición...

Propuso malévolamente el jefe, ordenando se retiraran los revoltosos, llevándose consigo al padre infortunado por el pecado de su codicia desenfrenada.

Y la infeliz hijita, después de haber sacrificado por su padre todo lo que una doncella puede sacrificar, corrió la sin ventura, enloquecida, por entre hacinamientos de cadáveres... Corrió hasta la cárcel, donde estaba encerrado su padre aguardando el momento del suplicio y de la muerte en compañía de otros allí revueltos, amontonados, tirados los unos con los otros, sin fuerzas ni dignidad y con la existencia que ya se les escababa por momentos...

—¡He aquí el decreto de indulto!... ¡Déjeme entrar, por favor!—Gritó con toda su alma, sumida entonces, en llanto de amargura por el sacrificio y el dolor.

Cuando le vió, desde una ventana muy alta del

castillo-cárcel, irrumpió amorosa y exasperada con el grito supremo de amor que justificaba su inmenso sacrificio:

—¡Papá!... ¡Papá!... ¡El perdón!... ¡He aquí el perdón!...

Y exhibía conmovida, con fe, con alegría y rabia, aquel papel tan caro y tan costoso para ella, que lo era todo porque representaba la vida de su padre.

El jefe del fuerte manda la libertad del padre de la desventurada.

—¿Este es tu padre?... —le preguntó con voz recia.

—Sí, sí!... ¡Padre!... ¡Papá!... ¡Papá mío!...

Y sin piedad y sin alma, el hombre de ira, que se había forjado en el espíritu del jefe del fuerte, apunta su fusil en el pecho del señor y desplomóse, inerte, en el suelo, el padre, cuya hija ya había dado sus entrañas para salvarle.

—¿Este es el perdón! —respondió el jefe, inmutable, después de su horrendo crimen...

... Y esto, a pesar de su inverosimilitud, es poco, en estos tiempos en que toda la corrupción de las épocas remotas en que prevalecía el paganismismo, reverdece pujante y triunfadora.

Esta escena de revolución, horripilante y degradante a la vez, no hubiera acontecido, quizás, qué duda cabe, si la conducta de los hombres fuera otra, y a estas escenas no les precedieran otras que, si en razón no justifican estas derivaciones, bien son el pretexto y la causa de ellas.

Así podemos ver una explotación minera, en la cual ocurren constantemente desgracias. El capataz acude inmediatamente a sus superiores, por teléfono:

—¡Una nueva desgracia! —les comunica—. Las explosiones se suceden sin interrupción en todo el campo minero... ¡Tenemos varios heridos y algunos muertos! ¡Hay que suspender los trabajos!...

Y la contestación seca, es:

—¡De ninguna manera! ¡No es posible suspender la explotación ni un sólo instante!... Tenemos compromisos materiales, contratos, pactos, tratados... No podemos apartarnos ni un ápice del programa que nos hemos trazado... ¡El negocio ante todo!...

... Y el programa, en efecto, realizóse con todas sus terribles consecuencias y toda su abominable iniquidad...

Luego, comenzó la Bolsa a especular... ese monstruo insaciable que quita y da fortunas colosales en algunos minutos. Pronto, tampoco se hicieron tardar las consecuencias de la idolatría del «Becerro de Oro», arrastrando consigo sus crímenes y suicidios...

Así prosigue, por un estilo, de pervertida, la actual humanidad, que parece necesitar otra lluvia de azufre y fuego, como hizo llover el Señor a Sodoma y Gomorra... Sigue, también, con sus vicios crapulosos, que ya van invadiendo progresivamente todas las esferas. Esta pasión desor-

denada, senda llena de abrojos, que conduce fatalmente al deshonor, a la inopia y al suicidio. El opio... El sutil veneno importado del Oriente corrompido, juntamente con la gran variedad de drogas malditas, que enervan a la humanidad, embrutecen la razón y degeneran las razas.

Y por todos estos vicios, vanos y malditos, somos testigos de narraciones denigrantes y perversas.

Y sabemos de concurrentes a antros de perversión, que se juegan sus fortunas y ganan al igual que pierden, y cuando les vemos ganar les sentimos proclamar en su única alma de viciosos:

—¡El que tiene dinero, tiene amor!

Y el jugador afortunado asedia descarada e insistentemente a una dama de aquel lupanar, que a su vez, entendiéndose con otro galán o enamorado, le dice:

—¡Ah, cuánto le detesto! Solamente el dinero me retiene a su lado. Y no vacila en aconsejar cinica y brutalmente a su galán: —¡Líbrame de esa bestia, y seré tuya para siempre!

Y el galán, que todavía conservaba un poco de nobleza, se inmutó ante tal proposición.

—¡No te atreves?... ¡Cobarde!... ¡Eres un cobarde...

Hasta que ante el insulto canalla, e hipnotizado al propio tiempo, por el mandato odioso de su amada, seducido por la recompensa tentadora, avanza hacia el delito repugnante, trémulo de emoción...

Mas la casualidad ahórrale el crimen... El jugador afortunado hasta aquel entonces, ahora se ha burlado de él el caprichoso hado de la Fortuna, y en un cambio de barajas se ha producido un cambi de juego, que le ha llevado la ruina, obligándole a suidarse.

Al saber los concurrentes la muerte del consocio, la frívola mujer se apresuró a testimoniar su felicitación al hombre que ella había inducido al crimen por su amor, y al que consideraba ella autor del hecho.

—¡Bravo!... ¡Eres un valiente!... Te devuelvo tu honor. Y en su cara, que era el espejo del alma, re reflejó la faz de Lucifer.

—¡Juro que yo no he sido!... ¡Lo hubiera hecho por ti sin vacilar... pero ya estaba muerto cuando entré!— se justificó el enamorado.

—¡Prendedle!— gritó entonces la mala mujer, señalando al galán.— ¡Este es el asesino!... ¡Por llegar hasta mí, todo lo atropeló!

...
... Y, ahora vosotros, sabed reflexionar sobre las consecuencias pavorosas de la iniquidad triunfante y de la depravación...

Que, si Cristo descendiese a la Tierra, sentiría de nuevo los horribles dolores y amarguras de su heroica pasión, y lloraría, otra vez, amargamente por este mundo infierno y depravado que se está haciendo nuevamente merecedor de castigo y destrucción divina.

CAPÍTULO I

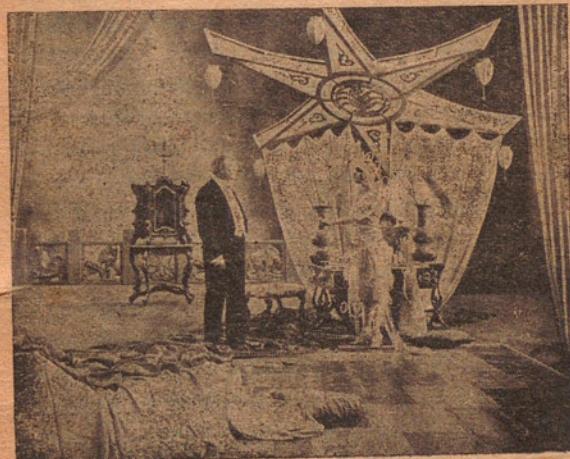
Ya es fama por todo Londres el poderío de mister Hárber, el multimillonario despiadado, que a una señal suya millares de personas pierden su fortuna en la Bolsa de Londres.

Mister Hárber es de los que cultivan el estúpida lema de que «con dinero se tiene todo», y se estima poseedor de todo el mundo y que juega con sus habitantes, que para él no son otra cosa que muñecos obedientes, y de alma prestada, del inmenso escenario que cree haber adquirido con sus millones.

No es, pues, de extrañar, que mistress Comway, peligrosa aventurera, y madre de una bellísima muchacha, miss Mary Comway, le halagaran las pretensiones de Hárber para con su hija, que en tan repetidas y variadas ocasiones le había demostrado.

Los sueños de grandeza de la aventurera, y las pretensiones del viejo y poderoso Hárber, que no renuncia fácilmente a su último capricho, son el momento culminante en la vida de una mujer joven, bella y feliz: miss Mary Comway.

En cambio, nadie tan ajeno este proyecto como miss Mary Comway, que se había enamorado del afamado escultor Harry Lighton, por quien posaba para una gran escultura que había de ser la obra maestra del joven y ya célebre escultor, denominada «Sodoma», y simbolizaría la belleza y el pecado. Hasta que un día su madre le expuso el asunto en forma convincente y descarnada:



—Más tarde... Cuando nadie nos observe.

—Hija mía, es preciso que reflexionemos algo en serio nuestra situación y nuestro porvenir. De sobras sabes que he llegado a toda clase de sacrificios para conseguir que no te faltara nada; mas hoy, yo ya no creo poder hacer nada más por mí.

parte. En cambio, tú, puedes hacer hoy algo para tu propia felicidad. ... Mister Hárber me apremia de continuo, y yo no acierto ya qué excusas dírle. Es menester que te decidas...

— ¡Pero, mamá, por favor! Yo casi no me atrevo a tomar en serio tus palabras. ¿Cómo quierés que acepte por esposo a ese hombre, si puede ser mi padre?

— Prefieres, entonces renunciar a esta vida regalada, a este lujo en que habitas y te mueves?...

— Y, para no perder esto, habré de sacrificar mi felicidad y todas las ilusiones de mi juventud?

— ¡Felicidad... ilusiones! No seas cándida, hija mía. Si Hárber no nos proteje, tendremos que mudigar!... ¿Es ésta tu ilusión, y ésta tu dicha?

Pudo más en aquella mujer la avaricia que el amor. Mucho más le dolía abandonar su lujo y su vida regalada, que perder el cariño de su novio. Aquel corto diálogo, sencillo y rudo, franco y egoísta, todo a la vez, bastó para trazar y convenir a la hija de la aventurera Conway, cuál había de ser su camino y su conducta en lo futuro.

Y la madre fué quien cuidó de preparar audazmente un encuentro «casual»... premeditado.

Y dió la «casualidad» que se cruzaron en un paseo matinal con el auto de Hárber, quien cuidó muy atentamente de apearse y saludar a sus distinguidas amigas.

— ¿Quiéren ustedes acompañarme en esta mañana tan agradable?

— ¡Oh, muchas gracias, señor Hárber!; pero me es del todo imposible. Ibamos ya de regreso cuando le hemos encontrado. No puedo demorar una visita que tengo comprometidísima para ahora mismo... Sin embargo, para que no tome a desatención mis ocupaciones, puede acompañarle Mary, si es de su agrado.

— ¡Ya lo creo, satisfechísimo!

La madre besa, también satisfecha, a su hija, la cual se apresura a subir en el coche. Después saluda a mister Hárber, quien reservadamente cuida de decir a mistress Conway:

— Querida «mamá suegra»: Acabo de ganar para usted 20.000 libras... Le extenderé el cheque.

— ¡Oh, agradecidísima!

Y subió al coche. Aquellas 20.000 libras, tenía razón Hárber, las acababa de «ganar» para ella en una maniobra de Bolsa, que costó la ruina de una persona.

Mary, sin embargo, quiso tener un rasgo de debida atención y cortesía para con su novio el afamado escultor Harry Lighton.

— ¿Me permitirá un instante? Voy a un recado y vuelvo en seguida. — Rogó Mary a Hárber, al pasar por debajo del estudio de Harry.

Harry hacía unos días que aguardaba impacientemente la visita de su novia, por la cual tenía una verdadera pasión. Al verla atravesar el jardín, desde los ventanales de su estudio, se apresuró a su encuentro.

— Pero, ¿puede saberse qué juego es éste, Ma-

ry? Hace tres días que no vienes, y mi obra no adelanta...

—Estoy sumamente atareada. Hoy no puede ser tampoco... He venido con el único objeto de invitarle a una fiesta soberbia que, en su casa, da Hárber esta noche, donde habrá una gran sorpresa.

—¡Qué significa esto, Mary!

Y aquí la «respuesta» de Mary, con el mutismo, un mutismo hablador y comprensible, una revelación clara a la que no escapa el corazón de un enamorado que siempre teme por su amor.

—¡Por el amor de Dios, Mary!—pudo apenas contestar el escultor haciendo esfuerzos para conservar su serenidad—. ¿No siente usted que se encuentra al borde de un precipicio, por el que fácilmente puede despeñarse?... ¡No le aterra la idea de unir su juventud fresca y lozana con la triste y nubosa senectud de ese hombre estafalario?... ¡Es un crimen, Mary!

Y la mujer, que ya daba a conocer las condiciones y cualidades de su madre, no vaciló en contestar muy serenamente:

—¡Bah, frases hechas, palabras sin sentido!... ¡Yo voy a mi negocio, Harry!... ¡Adiós! Pronto llegará el día que me comprenda y me disculpe.

Y se despidieron con esta frialdad británica llena de respeto y diplomacia, tan poco exenta de sentimiento y dolor, cuando llega el caso.

En la mansión del magnate se hacían los preparativos para la fiesta de los espousales.

Harry hallábase sumido a su dolor, a su inmenso dolor de haber perdido sus caras ilusiones, toda su inspiración y sus sueños dorados. La estatua de «Sodoma», principiada, le evocaba más el recuerdo de aquella mujer querida, que se le escapaba por ambición. La mole de mármol trabajada para simbolizar la belleza y el pecado, no terminó de modelarla, materialmente, el escultor; puso el último toque y la terminó moralmente, con un verismo insuperado, la propia modelo.

Le sorprendió en su doloroso ensimismamiento el portador de una misiva para él. Era, todavía, una carta de la ingrata.

Decía así:

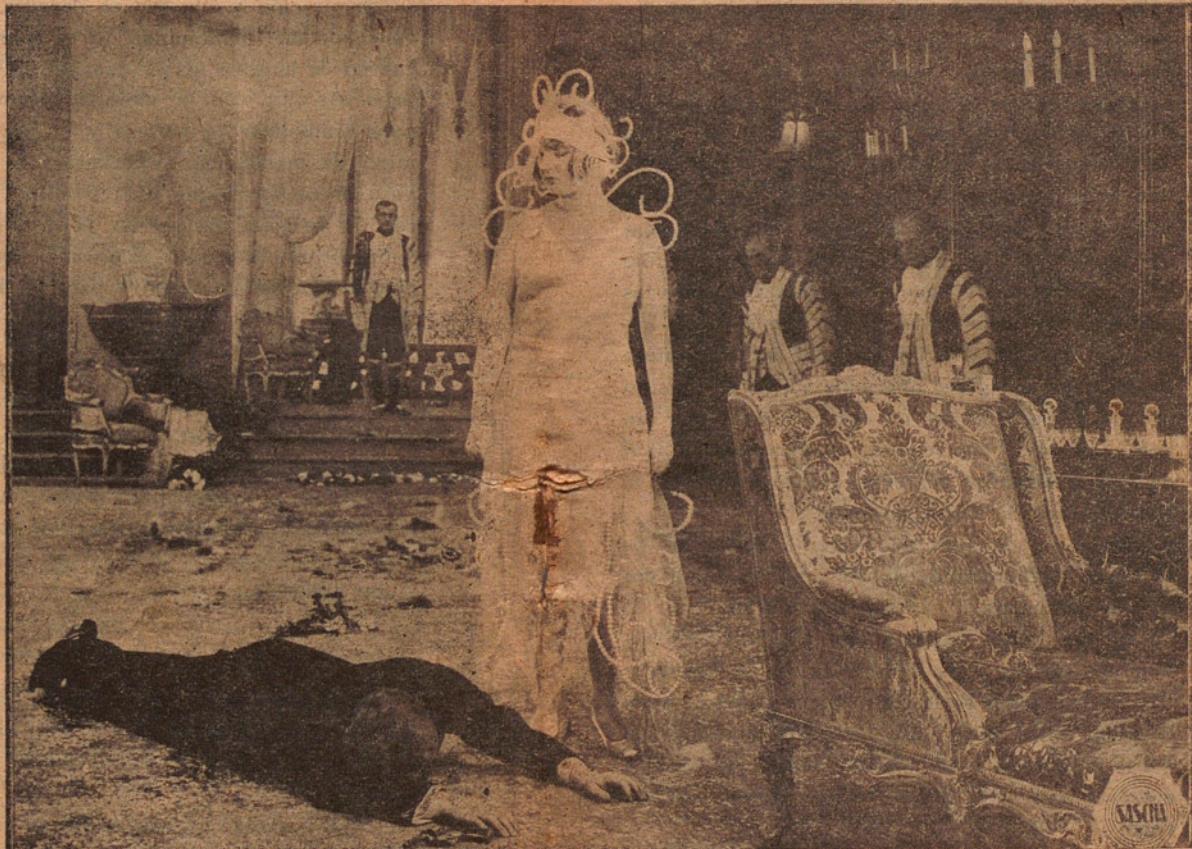
«Mi querido amigo: Hoy, durante la fiesta, se celebrarán mis espousales con Hárber... No venga, ¡se lo ruego!, pues deseo conservar todas las energías necesarias para llevar a término mi plan.

»Su afectísima,

MARY»

Mas, a pesar de la carta, Harry, por un refinamiento del amor que parecía impulsarle a deleitarse en su propia desdicha, decidió concurrir a la fiesta.

... La fiesta de los espousales en casa del magnate, el multimillonario mister Hárber, estaba ya en todo su apogeo aquella noche, rebosando ale-



—¡Pronto! Que avisen a un médico y que todos ignoren lo que aquí ha pasado

gría riqueza y hasta refinamiento sensual cual en las solemnidades paganas de otros tiempos.

En los numerosos jardines del palacio Hárber, multitud de muchachas eran el deleite de la fiesta, vestidas Tígeras, muy ligeras de ropa: gasas vaporosas que se escapan del cuerpo solamente al aroma perfumado de la carne femenina, gasas de transparencias graciosas y veladas que guardan toda la atracción y la picardía sugestiva de lo previsto e ignorado. Se bañan danzas clásicas de aquellos tiempos que la danza era un preludio y un epílogo de amor. Se organizan correrías alegres y atrevidas entre parejas gentiles que hacen del juego un atrevimiento, del entretenimiento un deseo, del deseo una amistad, de la amistad un cariño, del cariño un amor, y del amor un beso... y se lo dan, cuando se alcanzan al final de loca y elegante correría, que guarda toda la frivolidad de un amor pasajero...

Ajenos a toda algarabía juvenil, apartados de la fiesta, algunos amigos beben en un salón del palacio del magnate. Harry, entre ellos.

—No se aflija usted, amigo Lighton.—Principian las sátiras y las indirectas mal intencionadas, de las cuales se le hace objeto a una persona burlada, entre esta clase de gente diplomática.

—Las mujeres son así: cuando tienen que escoger entre el arte y el dinero, eligen siempre el último.

Harry estuvo a punto de castigar la osadía, mas la prudencia le aconsejó se contuviera.

—¡Apuremos nuestras copas por la eterna ventura de la «gentil» pareja!—añadió otro malicioso, y bebieron todos, bajo aquel brindis burlón, que forjó la sátira atrevida y diplomática.

Separados también del bullicio, estaba la «gentil» pareja.

—¡Ven, Mary!...—le decía Hárber—. Aquel pabellón, medio oculto en la espesura, nos brinda su discreta soledad...

—Más tarde. Cuando nadie nos observe...—contestó ella separándose de Hárber, yendo a interrogar a Harry, que le habían dejado solo, después de las burlas, y cuya presencia sentía ella con toda el alma, no por el amor que por él pudo sentir, sino por el peligro que la presencia de aquel ser en aquel lugar representaba para su «negocio».

—¡Con que ha venido usted, desoyendo mis ruegos!—le increpó súbitamente Mary—. ¡Mal hecho, Harry! ¡Muy mal hecho!

—Vine con la esperanza de disuadirla a usted con mis consejos... Todavía es tiempo, Mary. ¡Reflexionelo! Camina usted hacia su perdición y desventura con los ojos vendados...

—Es inútil. No insista. Pierde usted lastimosamente el tiempo... Necesito en torno mío lujo, esplendor, riquezas. Sin esto, ¿qué es la vida?... ¡Déjeme, pues, vivir sin vacilar!

—¡Mary!... ¡Si intenta usted abandonarme, me mato ante sus ojos!

—Una comediá, ¿eh?... ¡Todos sois iguales!...

Aquellas palabras le mataron ya, moralmente, a Harry.

—Déjeme encender antes este cigarrillo—añadió la tigresa—. ¡Ahora ya puede comenzar la farsa!

Harry, que era todo un hombre, y que para él todo acababa de morir en aquel instante de fracasos y de humillaciones, se apunta su pistola y dispara en pleno cuerpo.

—¡Horror!... ¿Qué hice, Dios mío?...

Exclama la arpía en un momento reflexivo, que no dura nada, mientras toca en el suelo el cuerpo inanimado de Harry...

... Y, mientras, la fiesta proseguía con todo su magnífico esplendor y su jamás soñada brillantez...

Algunos criados han acudido al ruido de la detonación.

—¡Pronto!—les dice—. Que avisen a un médico, y que todos ignoren lo que aquí ha pasado.

Y luego se dice para ella:

—Y, ahora que ha muerto en mí toda apariencia de bien, toda idea de rectitud, puedo imprimir a mi vida el rumbo que más me cuadre.

... Y por obra divina y también diabólica, en aquel torbellino de pasiones entraron dos nuevas almas: Eduardo Hárber, llegado de la Universidad de Cambridge, donde cursaba sus estudios. Es un joven dotado de noble corazón y alma candorosa, viene acompañado de su preceptor el padre Abel.

Eduardo y su preceptor quisieron la coincidencia

que llegaran precisamente en aquel día de jolgorio en el palacio del multimillonario Hárber, mientras estaba todo él convertido en una bacanal pagana.

—¡Papá!... ¡Papá!...—gritó Eduardo viendo a su padre enredado en el bullicio de aquella fiesta.

—¡Cásptia! Yo no contaba con que tenía un hijo tan crecido—. Contestó el multimillonario abrazando a su hijo.

—He terminado mi curso con notas ventajosas en todos los exámenes, y he invitado a mi profesor a pasar con nosotros las vacaciones de estío.

—¡Señoras!...—dijo Hárber, dirigiéndose a la multitud—. Me complazco en presentarles al Niño Perdido, que acaba de llegar de los claustros de Cambridge.

La presencia del padre Abel en aquel lugar, parecía verdaderamente llovida del cielo. Su primera misión ya fué la de confesar al desgraciado Harry, moribundo en una estancia vecina. Harry, noble y sincero, supo conservar toda su nobleza y austeridad de artista, hasta en sus últimos momentos, e hizo una confesión franca, completa y dolorosa, que si bien horrorizó al padre, supo él exclamar noblemente:

—Ella no tiene la culpa... ¡Era mi sino!

Mientras tenía lugar esta confesión, Eduardo, el hijo de Hárber, había conocido a Mary, que se le presentó radiante de belleza y cariñosa, valiéndose de la sutil perspicacia de mujer felina, tigresa y gatuna, que sabe conquistarse un nuevo

pretendiente en contados segundos, sólo al proponérselo.

Y gracias a aquella perspicacia, Eduardo amó repentinamente; y amó, también, porque nunca tuvo idea de una caricia femenina, y Mary, aquella misma tarde, le mimó tanto que hizo vibrar en el pecho del adulto, austero, una nueva emoción sensitiva, que se apoderaba de él y le dominaba; reteniéle prisionero inclinándose hacia aquella mujer, tan extraordinariamente hermosa y calina.

Y en las repletas bodegas donde imperaba el desenfreno, el padre Abel halló a Eduardo y Mary.

—¿Ha olvidado por ventura—la dice—que un sagrado deber reclama su presencia al lado de un moribundo que atentó, por usted, contra su vida? ¿Es que no siente usted remordimientos?... ¿No se alberga en su pecho la piedad?...

Una insinuación de su preceptor le bastó a Eduardo para que le dejara solo con Mary.

—De mi modo de ser no soy culpable yo, sino el Destino—contestó Mary—. Hija de un amor bastardo, mi madre me entregó a una familia sin entrañas para que me criasen...

El padre Abel poseía la confesión de Harry; era preciso conquistarle también. Y Mary ponía en todas sus palabras, no la sinceridad necesaria y el arrepentimiento que le correspondía, sino toda la seducción de mujer tentadora y astuta.

—¡Oh! Si yo hubiese tenido la suerte de tener a mi lado a una persona pía... un santo como

usted, leuán otra hubiera sido mi camino en la vida!... —Y su mirada y su gesto, desprovistos de arrepentimiento y sinceridad, asediaban al reverendo con ánimo de tentación—. Siento ansias de redención... —añadía con astucia inverosímil—. Sólo usted, padre mío, podría arrancarme del espantoso abismo en que he caído.

—¡Aparta, desventurada! ¡Teme las iras del cielo!— se impuso el reverendo deshaciéndose de los brazos impíos de Mary, que le sujetaban—. ¡Sólo en la penitencia está la redención!

Y Mary, despreciada por el reverendo, se arrasta por el suelo cual un reptil venenoso.

* * *

El padre Abel celebra una entrevista rigurosa con su discípulo Eduardo, adoctrinándole:

—Ha bastado un sólo soplo del huracán del vicio que aquí impere para mancillar tu alma que yo he conservado pura por espacio de ocho años... Te he educado, hijo mío, desde tu infancia, en el horror al pecado y el amor a la virtud. ¡Huye de este mundo impío donde naufragaría tu inocencia!... El pecado camina a la vera del hombre desde el Paraíso. Varían sus vestiduras, pero no su horrenda faz. Hojea con detenimiento las páginas de la historia, y encontrarás por doquier la Cabeza de Medusa.

Y con calma piadosa y con fe religiosa, puestos

todos sus ánimos en salvar el alma de Eduardo
empezó el padre Abal su narración:

Los sacerdotes de Bael predicaban los gores terrenales, y apartaban sagazmente de aquel pueblo degradado las sublimes creencias del verdadero Dios. Y el fanatismo impulsaba a aquellos desenturados a ofrecerse voluntariamente en holocausto a su sanguinaria divinidad, buscando el supremo éxtasis entre las convulsiones de la muerte. Por un vil trago de vino mataba el padre a su hijo con tranquilidad pasmosa y horripilante残酷...

Las sobras de los festines repartíase a los canes, despreciando al indigente. Y mientras multitud de parias gemían en la esclavitud, los ciudadanos libres se entregaban a gores desenfrenados y fiestas suntuosas.

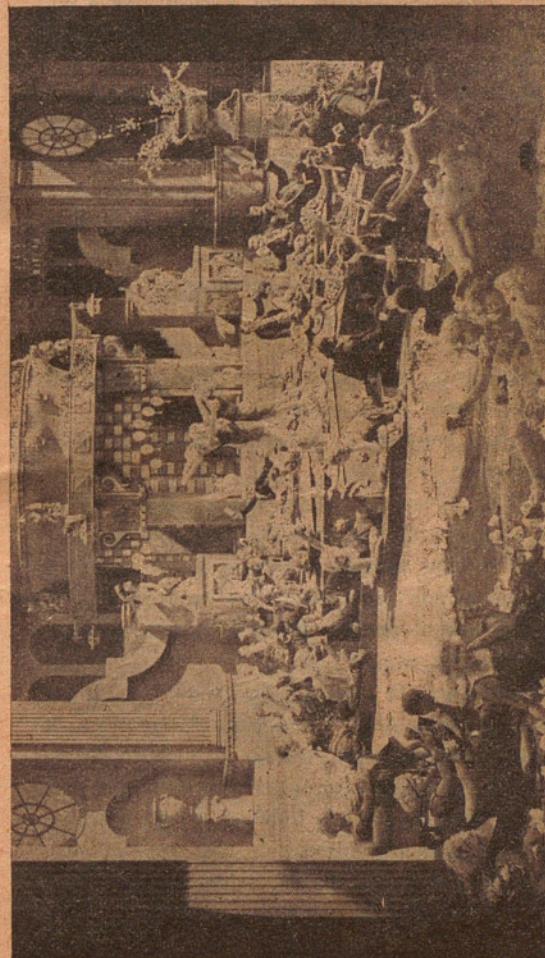
Y, cierto día llegó a la ciudad del pecado un mancebo procedente del solar de Galilea.

Al llegar a las puertas de las murallas, dijo a los guardianes que vigilaban el paso:

—Vengo a vuestra gran ciudad atraído por el rumor de que vuestra reina busca orifice expertos para repujar el oro que ha de adornar su palacio...

Y la soberana de la ciudad del pecado ordenó que se leyera por todo su pueblo el siguiente mensaje:

«La Reina, nuestra augusta Soberana, se ha dig-



El palacio del malum Ilonarie Hüber estaba convertido en una báscula pagana

»nado disponer, que en el plazo de dos días, todo
»el que posea oro y plata debe apresurarse a en-
»tregarlo, bajo pena de muerte al que desacate su
»mandato.»

Y mientras el pueblo comentaba, espantado, la desdichada noticia, que significaba la ruina para los humildes, la reina, circundada de lujo y esplendor, paseaba ufana y orgullosa entre las gentes de aquel pueblo opreso que gime bajo duro yugo y muere de inanición.

Un ciudadano se atreve a implorar a la Soberana, arrogante e imponente:

—¡Compadécete, oh, reina, de nosotros!...—le dice suplicante, con ojos humedecidos—. ¡Oye, benigna el clamor de tu esclavizado pueblo!

A lo cual contesta la Soberana, hueca de corazón humano:

—¿Quién presenció jamás tanta osadía? ¡Quitadle de mi camino y azotadle sin piedad!

Y los infieles sayones cumplieron el mandato de la despiadada reina, mientras los mercenarios impedían que el pueblo se abalanzara a rescatar a su hermano...

—Y como a ti te ha ocurrido—añadió en su narración el padre Abel— la belleza fascinadora de aquella mujer sin alma, sedujo al incauto joven.

—Y ocurrió—prosiguió el preceptor—que el desgraciado que fué azotado indebida e inícuamente, amotinó el pueblo y dijo:

—En mí han sido azotados todos nuestros cuerpos... Esta sangre es la vuestra también... ¡Has-

ta cuándo sufrirás, pueblo, el yugo que te oprime y envilece?

Y aquella había sido la gota de dolor que hizo rebosar el vaso de la paciencia del pueblo, y un espasmo de protesta hizo estremecer sus nervios.

Y surgieron demagogos que le excitaron a la rebelión... Y otros que le predicaron el exterminio y matanza... Y rugió la multitud con el clamor de hiena acorralada.

Se entablaron luchas feroces, desesperadas, en las que todos iban contra los tiranos, y las antorchas incendiarias destruían sus soberbios palacios...

La sangre corría a raudales por las anchuras vías de la pecadora urbe...

El joven orifice contempla desde su obrador, del palacio de la reina, la revolución triunfante, que lo arrastra todo. La turba que se aproxima imponente al palacio, lanzando gritos desgarra-dores de venganza y exterminio, cual lobos famélicos. Ante el peligro que amenaza a su reina, por la cual siente doble admiración y amor, el orifice abandona precipitadamente su obrador, y se interna en el departamento donde la reina se hallaba sola, abandonada, a merced de las turbas.

—La revolución triunfante—la dice—avanza hacia tu palacio como ola arrolladora... ¡Huye, señora! ¡Yo te salvaré!...

Y, ciervo y enamorado, púsose de hinojos ante su soberana amada.

Había llegado a tiempo. Los primeros revolto-

sos subían en aquel momento a palacio. Y él luchó con ellos, y venció, salvando la vida a su reina. El amor había centuplicado las energías colosales de aquel adolescente precursor de Sansón...

El pueblo avanzaba, llegaba ya su criterio ensordecedor; el ruido de sus lanzas, el fuego de sus antorchas. Invadían el palacio de la reina orgullosa y tirana. Pero en esto, ya avisados, venían en ayuda de la reina los otros cuatro reyes de la Pentápolis, con sus numerosas huestes...

Y cuando la matanza se encontraba en su período más álgido, cayeron sobre las turbas los soldados aliados...

— ¡Nada temas ya, oh soberana! Estás salvada — dijo el orifice aguantando valientemente el inmenso dolor de sus heridas.

Por fin las tropas aliadas vencedoras, los cuatro reyes dirigíanse a la reina.

Y como Semeber, rey de Sebón, su prometido, le interrogase acerca de aquel mancebo...

— Es un intruso del pueblo — contestó ella — que osó llegar hasta mí...

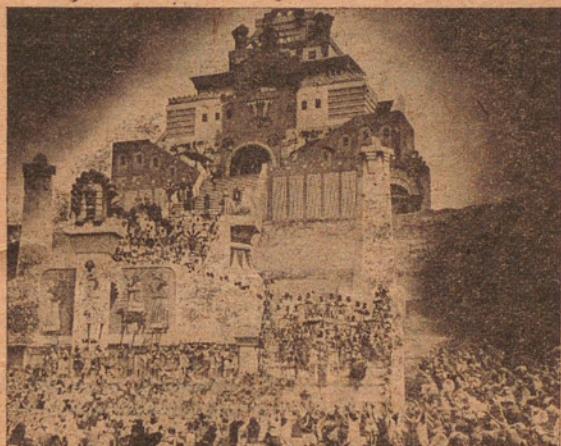
Y Semeber ordenó a sus soldados que el orifice fuese despeñado desde la roca de Baal.

... Y así acabó el que tanto amó en un sólo día, que por amor dió su vida...

...
— ¡Ya ves — añadió el preceptor a su bella narración — ya ves cómo paga Satanás a quienes le sirven!... Procura olvidar para siempre cuanto has visto, y huyamos de aquí...

Mas, cuando preceptor y discípulo, conmovidos, estaban dispuestos a abandonar aquelantro del pecado, apareció por una galería la cara risueña y fascinadora de la hermosa Mary, que con una sonrisa tentadora y lasciva, proclamaba con lozanía:

— ¡Ya ofrecen dos mil libras de un beso mío!... ¿Quién da más, señores?... Es para un fin benéfico...



La resolución triunfante invadía el palacio

Y Eduardo quiso avalanzarse hacia ella, cuya tentación no puede resistir.

— Todo eso será cierto, padre mío, pero amo con locura, y en los locos no cabe el raciocinio... ¡Ahí fuera está la vida... y yo quiero vivir!...

Y se fué tras ella arrastrado por el huracán de su inconsciente amor.

—¡Qué pasará, Dios mío!...—exclamó el padre Abel, levantando los ojos al cielo.— ¡Salvadle, Señor!...

Fin del primer capítulo

(Prohibida la reproducción
sin mencionar la procedencia)

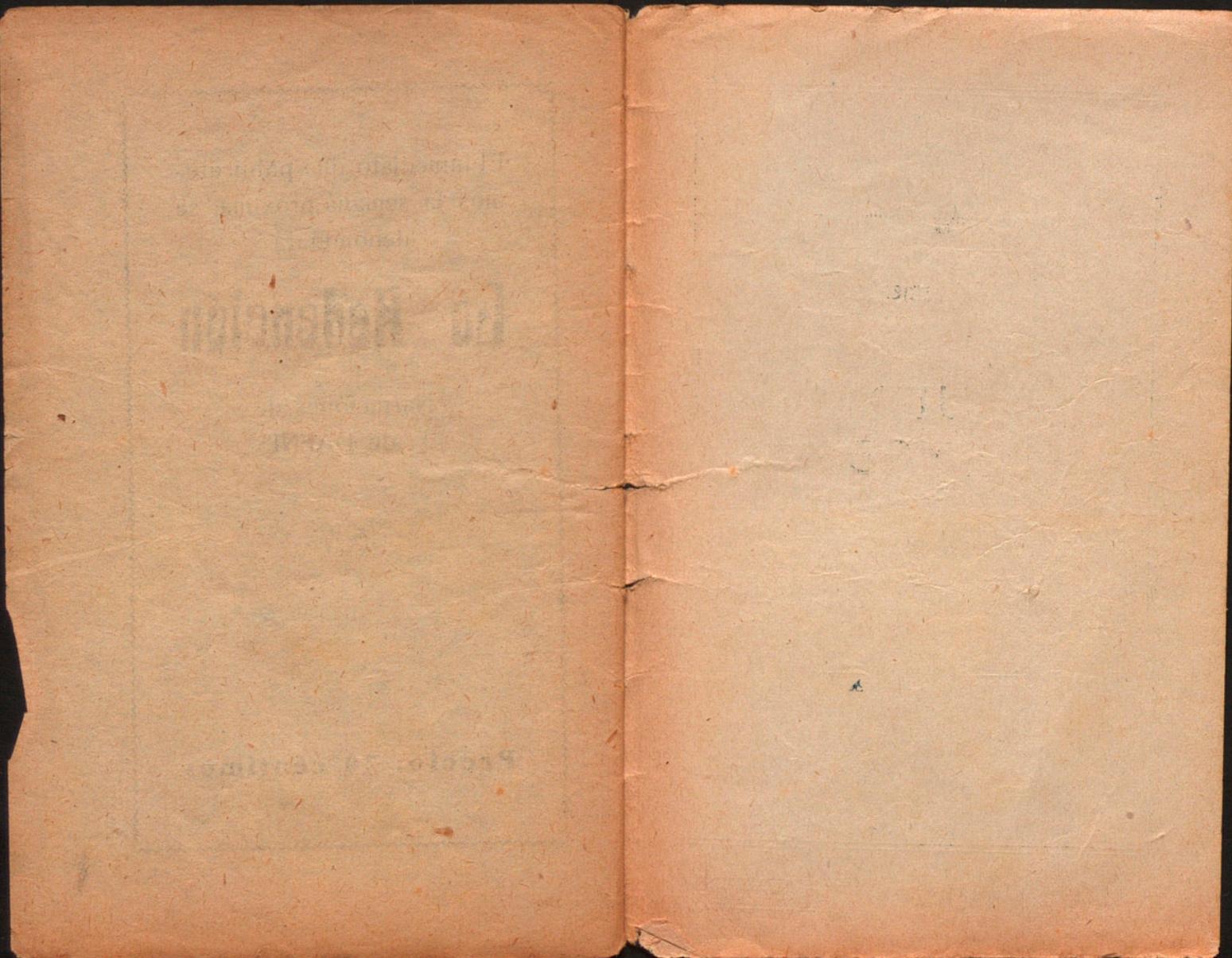
El inmediato que publicaremos la semana próxima, se denominará

La Redención

Narraciones de
T. de DAFNIS



Precio: 20 céntimos





Próximamente :

LA MUJER Y LA MODA

Interesantísimo pe-
riódico de modas

